

REYES ABSOLUTOS, CÉSARES Y DÉSPOTAS SON UNOS MISMOS

CAPÍTULO DECIMOSEXTO DE
CIVILIZACIÓN Y BARBARIE

JULIO C. SALAS

U n gran pensador ha dicho: «El mundo material descansa sobre el equilibrio; el mundo moral, sobre la equidad». En verdad que la única razón de las sociedades humanas es la justa repartición de los provechos y cargas sociales, y no es patria ni república verdadera una circunscripción geográfica donde haya opresores y oprimidos, pues los sacrificios morales y materiales impuestos al individuo deben ser compensados con ventajas o servicios públicos perfectos que le proporcione la asociación, ya que todo lo que favorece el desarrollo del trabajador y contribuyente aumenta el desarrollo del Estado, condición ineludible del progreso y de la civilización, razón imprescriptible del pacto social.

Sentado lo anterior, resulta imperfecta e incapaz la sociedad leonina o el Estado en el cual, por obra de la fuerza, existe una clase o personalidad que se arroga la facultad de gobernar de manera absoluta, en provecho propio y no del de los asociados, a quienes no consulta o que están indebidamente representados y de manera ficticia, pues la institución gubernamental no tiene razón de ser, de acuerdo con los principios sociológicos, sino como mandato expreso de los gobernados y en provecho de estos.

El derecho divino de los reyes a gobernar a los hombres de

manera absoluta o a devorar a los pueblos se equipara al derecho brutal de la fuerza, sobre el que se basan los déspotas, y si los reyes austríacos españoles, material y moralmente, implantaron tan nefasta teoría, en la mayor parte de Hispanoamérica ha continuado de hecho, no obstante haberse proclamado la República y escrito en las cartas constitucionales las garantías individuales, que se supeditan cómo y cuándo quieren los señores absolutos que se adueñan del poder y se mantienen en él por la fuerza. He aquí la razón de que siempre hayamos creído que la guerra de la independencia fue tan inútil para la evolución social como cualesquiera de las guerras civiles que han azotado a Venezuela, pues el régimen personalista del rey fue inmediatamente substituido en América por el régimen, igualmente personalista, ejercido, desde Bolívar para acá, por individuos que se han arrogado la función gubernativa por derecho propio, en representación de una minoría o simplemente por la fuerza, de tal manera que la República que se pretendió implantar ha sido un mito.

A este propósito recordamos las palabras de Fermín Toro, en memorable ocasión:

Las instituciones han sido frecuentemente dictadas por el poder, y en Venezuela la opinión pública no ha sido más que el eco de un hombre, y un nombre la bandera de los pueblos. Simbolizada la nación por un individuo, Colombia fue Bolívar, Venezuela fue Páez, y ojalá, señores, que no haya sido otros símbolos...

Estas palabras se pronunciaron en 1858, hace sesenta años, y en este lapso de tiempo ¡cuántos símbolos nefastos ha tenido la pobre patria.

Vicio original fue la mentira con que se inició el movimiento separatista de Venezuela, pues, si se trataba de decidir entre Fernando VII y Bonaparte, fue una farsa que no mereció el asentimiento general del país la proclamación de la

independencia, de donde resultó esta ser una guerra civil de dos facciones o minorías personalistas; triunfantes los patriotas, se agravó el vicioso estado de cosas por el sistema utópico republicano implantado por Bolívar y por los principales caudillos, dada la ignorancia general de la masa pobladora. Si era bueno y aun quizá justo libertar a los indios realistas, a los negros esclavos, mestizos, zambos y blancos criollos, del opresivo e inepto régimen colonial, cuyo principal defecto era negar a los americanos conscientes el derecho de intervenir en sus propios destinos, también España tuvo razón de considerar a los patriotas como insurgentes, en vista de que, junto con algunos americanos ilustrados, la generalidad de los analfabetos era francamente realista. Por consecuencia del régimen de terror implantado por los partidarios del rey y la cruel y destructora guerra que nos hicieron, la causa patriota fue robusteciéndose, pues en principio existía el derecho a la independencia en virtud del mal gobierno colonial, todo lo cual, al fin, se sumó al éxito alcanzado por los caudillos militares, encabezados por Bolívar, obteniéndose la separación por la fuerza de las armas, y quizá por esta última razón el sistema republicano holgaba, y darlo al país de manera ilimitada fue un nuevo vicio, que aun pagamos, al cabo de tanto tiempo, pues el éxito de la guerra no justificaba de la misma manera la República para todos.

El sistema representativo o democrático, a pesar de su bondad, aun no se justifica al cabo de cien años, y se ha quedado escrito en los papeles aquí donde el personalismo impera de hecho, por virtud de las costumbres y de la ignorancia de las mayorías, siendo tanto más injusto cuanto que la única sanción legal, hoy como ayer, sería pedir el consentimiento a la parte educada del país y principalmente a los propietarios y productores, y de estos a la postre se ha prescindido, como de los analfabetos. La separación de los militares y el llamamiento sincero y efectivo de los propietarios sería lo justo, como se hizo en Chile, donde se procedió inmediatamente a implantar una República limitada y a educar al pueblo, a fin de obtener la evolución política; pero, tanto

en Venezuela como en otras partes de la América española, los militares no hicieron el sacrificio de sus ambiciones, o no tuvieron el desinterés necesario, y el régimen personalista quedó establecido de hecho, en contradicción con las instituciones escritas.

Así, en vez de eliminarse el personalismo, con el transcurso del tiempo se desarrolló más, se creó el irrespeto a la ley y solo se temió a las revoluciones, que fueron ineficaces también para el progreso social, aunque se hiciesen a nombre de los principios más justos, pues nuevos personalismos, cada vez más agobiantes, nos han convencido a los trabajadores de la engañosa falacia con que se ha procedido por vulgares ambiciosos de riquezas o poder, que para nada han tomado en cuenta la suerte de los pueblos.

En país sin instituciones, o donde estas son mero programa engañador y falaz, para encubrir personales conveniencias, y donde hay un ochenta por ciento de población que no sabe leer ni escribir, es de todo punto imposible que pueda haber opinión pública, ni la privada emitirse sino a riesgo de ser titulado faccioso, conspirador o sedicioso, y, así, el tirano disfruta de gobernar sin oposición y sin prensa libre, oposición y prensa que, al no ser completamente anodinas, se hacen sospechosas de ambición de mando, pues hemos visto muchas veces que, si un hombre ejerce el poder sin más derecho que el de la fuerza, en países de analfabetos o en que la mayoría está formada de incapaces, la personalidad o facción que pretendiese por la fuerza acaparar el mando y derribar al tirano, por eso únicamente incurre en la misma nota que condena, en cuanto llega al poder, por no resignar el mando en manos de la legítima representación nacional.

Los utilitarios, a quienes les importa muy poco el consumo de riquezas y de vidas con tal de que ellos consigan apoderarse de los destinos del país, aunque sea por la fuerza, son tan malos en este caso como los propios tiranos, y ni los trabajadores, sean jornaleros o propietarios, deben de ninguna manera lanzarse por esta vía inútil de la revolución armada, pues surgiría un nuevo personalismo, como ha sucedido, por mejores programas que

dichos revolucionarios invoquen, ya que tales promesas no pueden merecer crédito en vista de la experiencia obtenida. La revolución armada contra la violencia y la fuerza no ha sido camino que conduzca a la obtención de un buen gobierno y a la eliminación de los defectos nacionales y de las causas que estorban el desenvolvimiento de las instituciones en Venezuela; la historia de sus guerras civiles demuestra palpablemente que esos movimientos han sido retardatarios de la evolución, como hechos por políticos de oficio, que en el caso más favorable del triunfo practicarán lo que condenaban en el déspota derrocado y quizás harán más mal gobierno, en virtud precisamente de que, haciendo la revolución con miras personales de ocupar los puestos que los anteriores personalistas tenían y viniendo los actuales con ambición de dinero al gobierno del país empobrecido y despoblado, sobre el trabajador pesarán mayores impuestos para satisfacer nuevas ansias de oro y, al mismo tiempo que se habrían sacrificado riqueza y vidas en el horrible altar de la guerra, estaría más distante el progreso o más difícil obtener, por la mayor corrupción del país, despoblación y empobrecimiento.

En esta virtud, la paz pública y alejamiento de la guerra civil debe ser la perpetua aspiración de los verdaderos patriotas y trabajadores, y si algún día debemos alcanzar la dicha de tener instituciones libres, ellas se deberán a la paz que sedimenta los malos elementos o heces sociales, inspira confianza al capital y a la inmigración extranjera y desarrolla la riqueza nacional. Estas son las bases de una verdadera República ordenada, en que alternen en el mando partidos políticos de que carecemos, pues, aunque se iniciaron en los primeros años de la vida independiente de Venezuela, el personalismo que se implantó por Páez y los que le hicieron la oposición los destruyeron, con lo cual se prueba que el país ha venido retrocediendo y que las revoluciones civiles han desarrollado las causas desintegrantes del núcleo social.

El dios de la guerra es una deidad implacable a manera de Saturno, que devora sus propios hijos, o como la Kali hindú, que solo admite oblaciones de sangre, ídolo horrible con un collar de

cabezas humanas, puesto sobre un carro que, conducido en espantosa procesión, marchaba triturando bajo sus ruedas a los fanáticos que le ofrendaban la vida. Por los caminos tristes de la guerra civil solo transita la ambición personal, llevando por cortejo el crimen, el pillaje y la miseria general, ancha base sobre la que se erige la tiranía.

¡Bendita sea la Paz..., la amada Paz, la que hace florecer el imperio de Ceres, de la rubia Ceres, coronada de espigas; benéfica deidad que se deleita aspirando los vapores de la tierra que rasga el cultivo, y oyendo el mugir prolongado del rebaño, los rumores del trabajo y los crujidos de la troja repleta; diosa que también protege sus campos de mieses y cuando es menester sabe forjar de la esteva del arado la espada que empuñará la callosa mano del labrador que rompe el terrón y hace crecer a su influjo la planta, robusto y generoso pecho que siempre ha sido el más fuerte muro opuesto a la extraña invasión!

Julio C. Salas, *Civilización y barbarie: Estudios sociológicos americanos* (Barcelona, 1919), pp. 151-157.